



EL CAPITAN MAS GRANDE DE LA ANTIGUEDAD

R. P. MANUEL BRICEÑO JAUREGUI, S. J.

Se llama **Julio César**. Ha nacido en Roma 102 años antes de Cristo. Perteneció a una familia aristocrática. Ha recibido la mejor educación que entonces puede proporcionar la capital del mundo. Naturaleza rica, "vivacidad divina en el pensamiento y en la acción", "imaginación grandiosa y armónica, inteligencia prodigiosamente lúcida, actividad infatigable, maravillosa flexibilidad de espíritu, incansable resistencia nerviosa". "Hombre de pasión

-porque sin pasión no hay genio-; pero con una pasión que nunca es más poderosa que su voluntad". Así lo describen los modernos investigadores de la historia romana.

La riquísima gama de sus actividades políticas y militares, daría tema para apasionantes artículos. Es él quien convierte la república de Roma en un imperio que durará más de cuatro siglos. Pero hoy vamos a contentarnos con un aspecto nada más de su formi-



R. P. MANUEL BRICEÑO JAUREGUI S. J.

Nació en Cúcuta (N. de Santander). Estudios de bachillerato en Pamplona. Estudios Eclesiásticos en la Universidad Javeriana (Bogotá). Cuatro años de especialización en letras clásicas y Filosofía, en la Universidad de Oxford (Inglaterra). Allí obtuvo el título de "Master of Arts". Quince años director de estudios y profesor de Clásicos Griegos y Latinos, y de Literatura moderna, en la casa de estudios de los jesuitas en Colombia. Autor de numerosos artículos de crítica literaria. Ha traducido, del griego moderno, un libro de poemas de Giorgos Séfaris, premio Nobel 1963. La Editorial Bibliográfica Colombiana tiene publicada la primera serie de su obra, en 7 volúmenes, sobre el mundo clásico: Se titula **El Genio Literario Griego** en tres tomos (700 páginas cada uno). Los demás volúmenes están en vía de publicación.

dable personalidad: el **guerrero**. Para ello, nos fijaremos en solo una campaña.

El militar.

César, durante su corta vida de 43 años, toma parte en treinta batallas. En la provincia bárbara de las Galias (hoy Francia), lucha menos de diez años; y, en ese tiempo captura más de ochocientas ciudades, somete trescientas naciones o tribus, pelea contra tres millones de enemigos, de los cuales un

millón desaparece de la tierra para siempre y otro millón es cogido prisionero... Y no es que sea desigual la lucha: los bárbaros no le temen a la muerte, como veremos adelante.

En las Galias precisamente, como general romano, tiene momentos supremos en que la derrota o el triunfo dependen solo de la visión rápida, de la obstinada tenacidad y del dominio de sí mismo, del capitán. Una de las características más maravillosas de Julio César -admirada por toda la antigüedad- es su rapidez: su "celeridad cesariana". Modelo de virtudes castrenses, diestro en el manejo de las armas, hábil jinete, pasa a veces días y noches en su caballo. En las largas jornadas dicta sus **Memorias** al secretario, y planifica la guerra, y maneja la compleja política de Roma... Va con frecuencia a pie, si es necesario, en las marchas, la cabeza descubierta al sol y al agua. Hace jornadas larguísimas a caballo con rapidez increíble: hasta 160 kilómetros por día.

Y recordemos que en esa época no existen carros automotores, que las tropas de legionarios tienen que avanzar lentamente a pie, y hacer cada tarde infaliblemente sus campamentos fortificados como ciudades, con fosas de seis o hasta diez metros de anchura, y empalizadas al rededor y torres para centinelas, y transportar en mulas la **impedimenta**, que comprende las municiones, alimentos, animales, carpas, artillería pesada, gigantes instrumentos de ingeniería para la construcción de puentes y fortificaciones, y tantas cosas más...

En ocasiones llega César antes que los mismos correos que deben anunciar su venida. Si un río le demora el paso, lo cruza a nado. Sabe conquistarse el afecto y la admiración de sus tropas. Inexorable en la disciplina, es sin embargo, generoso en conceder honores y ascensos, audaz en acometer hazañas y en recompensarlas, espléndido. En la batalla que vamos a describir tiene apenas 33 años de edad. Es

alto de cuerpo, de rasgos angulosos y enérgicos, tez pálida, penetrantes ojos negros. No es de constitución robusta, pero las asperezas de tantas campañas lo han avezado al trabajo y a las penalidades, y ha dado prueba de asombroso poder de aguante.

Asistamos a una batalla

Es el segundo año en las Galias. Los bárbaros, perdidos entre el bosque, ace-



Bárbaros y romanos

chando desde los árboles, divisan las primeras columnas de legendarios. Una colina suaviza el declive hasta morir en el río Sambre. De este lado se levanta otra, con la misma inclinación, frente a la primera. A sus faldas se abre una llanura que parece invitar al desafío. La parte superior está cubierta de matorrales y setos de espinos que estorban la vista. Es aquí donde están emboscados ellos; los romanos no lo saben; solo alcanzan a divisar piqueros de un escuadrón de caballería que parece vigilar el campo.

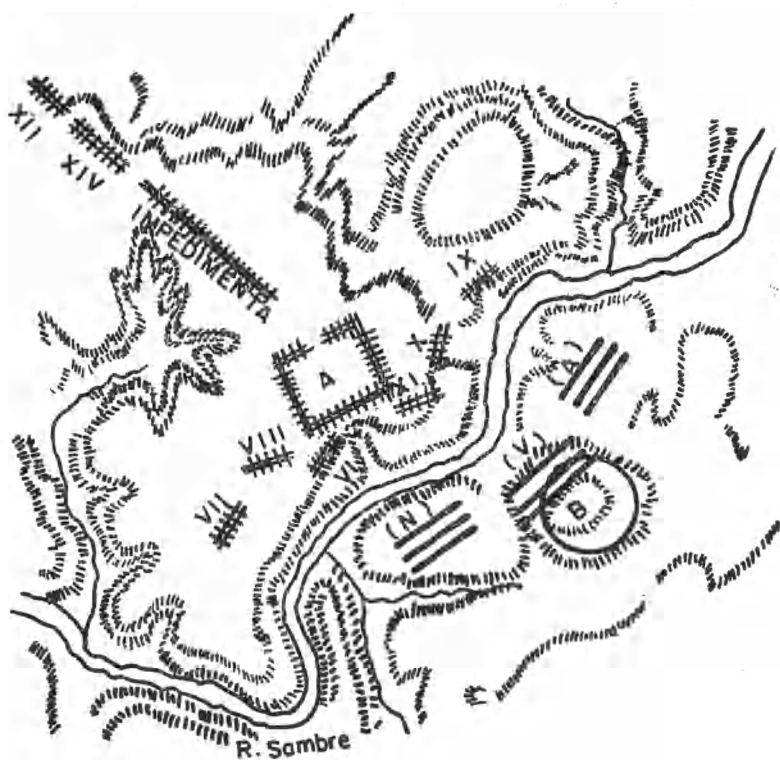
Cuando los 22.000 hombres de la infantería romana llegan a la colina, comienzan a cavar las trincheras, según costumbre. Unos trazan los términos del campo, otros se dispersan distraídos, estos cortan árboles, aquéllos descansan. Se oyen hachazos, golpes, picas, chistes, carcajadas... Por fin, allá a lo lejos, en lenta columna se divisan más soldados, esclavos, arrieros, mercaderes, que transportan la impedimenta.

Esta es la señal convenida. Súbito salta el enemigo, se precipitan por la pendiente abajo, pasan el río, barren con la aterrorizada caballería, suben como relámpagos a la colina, y caen sobre los campamentos que se están atrincherando. La disciplina romana no ha tenido tiempo de formarse. Y ahora oigamos la descripción que el propio Capitán nos hace en sus **Memorias**, escritas en latín, que traduciremos fielmente:

"César tiene que aprestar todo a la vez: despliega la bandera roja, señal de alarma; hace sonar la trompeta;

llama de las trincheras a sus hombres; manda avisar a los que se habían alejado en busca de madera; forma las líneas; arenga a las tropas; da la señal de ataque. La falta de tiempo y la arremetida vertiginosa del enemigo impide que mucho de esto se haga. Solo dos cosas sirven para aligerar las dificultades: la ciencia militar y experiencia de los legionarios que, ejercitados en combates anteriores, son capaces de decidir por sí mismos lo que deben hacer, como si se les mandara; y el hecho de que César había prohibido a sus lugartenientes abandonar las obras y las legiones hasta que el campo no se hubiera fortificado. Como el enemigo, que ha llegado velocísimo, está a la mano, no esperan las órdenes del General sino que bajo su propia responsabilidad toman las disposiciones urgentes.

César, dadas las órdenes indispensables, baja rápido para animar a sus soldados, llega hasta la X (su legión favorita). Con una arenga breve urge a sus hombres el recuerdo de su viejo valor, de su sangre fría, para resistir con coraje la embestida de los bárbaros; y como está el enemigo al alcance de sus dardos da la señal de contraataque. Pasa a otra parte del campo para animar a los suyos, y los encuentra en plena lucha. Tan corto es el tiempo y son tan fáciles los belgas para la pelea que no permiten un momento a los romanos para calarse los yelmos o para desnudar los escudos, ni menos para ajustarse los penachos. Cada hombre, como llega de las trincheras, se junta al primer es-



BATALLA DEL SAMBRE (Primero fase)

- A = CAMPAMENTO DE LOS ROMANOS.
- ## = POSICION DE LAS LEGIONES E IMPEDIMENTA.
- B = CAMPAMENTO DE LOS BARBAROS.
- (N) = NERVOS
- (A) = ADUATUCOS
- (V) = VIRIDOMANDUOS

tandarte que ve, dondequiera que se encuentre, sin perder tiempo de combate por ir en busca de su compañía.

El ejército se organiza cuando el tiempo lo permite, más como lo exige el terreno y el declive de la colina que como lo pide la formación de la táctica militar. Las legiones están separadas, haciendo frente al enemigo en diferentes puntos; pero estorban la vista -como arriba dijimos- los setos y matorrales de extraordinario espesor. Es imposible colocar reservas en puestos fijos o prever lo indispensable en cada parte del campo de batalla; no puede un hombre solo dar las órdenes necesarias. En tan difíciles condiciones las vicisitudes de la fortuna naturalmente varían.

Momentos angustiosos

Los de la IX y X legión se habían apostado a la izquierda. Con la descarga de sus jabalinas rechazan a los atrebatas -la división de bárbaros que les sale al encuentro los cuales se hallan fatigados y sin aliento por tan velocísimo avance, y débiles ya por las heridas; los hacen retroceder desde la colina al río; y cuando los bárbaros intentan vadearlo, los hostigan espada en mano, y matan gran cantidad de ellos ahora cuando sus movimientos están impedidos. Y no dudan los romanos en cruzar el río, acometiendo contra ellos a pesar de la desigualdad del terreno, y cuando resisten se reanuda el combate hasta que huye el enemigo... De igual manera en otra parte del campo, dos legiones (la XI y VIII), que están separadas entre sí, hacen

frente a los viridomanduos, los expulsan de sus posiciones elevadas y sostienen la lucha en las márgenes misdel Sambre.

Pero casi todo el campamento a la izquierda y al frente está descubierta porque la legión XII y no lejos la VII ocupan la posición del ala derecha. Entonces, en columna compacta todos los nervos, al mando de su comandante Buduognato, avanza con rapidez contra el campamento; y mientras algunos de ellos comienzan a moverse al rededor de estas legiones por el flanco expuesto, otros trepan a la altura del cerro en que está el campo.

Al mismo tiempo la caballería de los romanos y la infantería ligera que los acompaña -todos los cuales se batieron en retirada al primer ataque bárbaro- van acercándose; al encontrarse con el enemigo vuelven a huir en otra dirección. Los esclavos, desde la puerta de retaguardia situada en la cresta del cerro, que han visto nuestras tropas victoriosas cruzar el río, se echan a robar y saquear; más volviendo la vista ven al enemigo ya en el campamento, y ponen pies en polvorosa. Simultáneamente se levanta una espantosa confusión de gritos y voces de los que se acercaban con los bagajes y convoyes del ejército, que aterrados se dispersan en todas direcciones.

Un cuerpo de caballería de los tréveros -cuyo valor es proverbial entre los galos- había sido enviado por esa tribu como fuerza auxiliar de César. Pero esta vez, alarmados por tantas señales de pánico, viendo que el campo romano está atestado de enemigos,

que las legiones son presionadas y prácticamente envueltas por donde quiera, y que la caballería, los esclavos, los honderos y nómadas se han dispersado y huyen en todas direcciones, desesperan del éxito, vuelven grupas, y van a contar a sus paisanos la desastrosa ruina de César, puesto que ya han sido capturados el campo y la impedimenta.

El instante decisivo

César, arengando a la legión X, marcha hacia el ala derecha. Ve sus tropas malamente acorraladas, y que los de la XII, por estar muy juntos los estandartes, se apiñan demasiado y se estorban en el combate; que han muerto los centuriones de la IV cohorte con su abanderado; que se ha perdido el estandarte y el águila de plata; que yacen heridos o muertos casi todos los centuriones de las otras cohortes, inclusive el centurión primero Publio Sexto Báculo, el más bravo de los bravos, quien exhausto por innumerables y gravísimas heridas ya no puede sostenerse en pie; que los demás han perdido todo su empuje; que algunos de la retaguardia han abandonado sus puestos y en desbandada huyen del campo; que el enemigo sigue de frente subiéndose en filas interminables y cerrándose por ambos flancos; que la situación es crítica y no hay reservas a la mano. Viendo esto César, que ha llegado allí sin escudo, arrebatándose a un soldado de la retaguardia, se adelanta a la primera línea del frente y, llamando por su nombre a los centu-

ricos, alienta a los suyos, ordena el avance y el ensanche de las filas para que puedan todos con más facilidad hacer uso de sus espadas. Su presencia les llena de esperanza y les fortifica el ánimo; y como cada cual, aún en el mayor peligro, quiere hacer proezas delante de su general se refrena un poco la arremetida de los bárbaros.

Notando César a la legión VII, que está vencida, acosada duramente por el enemigo, manda a los tribunos de los soldados que poco a poco se vayan acercando las legiones para dar frente, unidas, al enemigo. Se cumplen sus órdenes; y los legionarios sopor-tándose mutuamente ya no temen ser cogidos por la espalda; con lo cual empiezan a mostrar una resistencia más confiada y a combatir con más resolución. Entre tanto, los soldados de las dos legiones de reclutas que venían a la retaguardia para proteger la impedimenta, habiendo recibido noticias de la batalla, apresuran el paso y son divisados en la cima del cerro por el adversario: Tito Labieno, que ha logrado capturar el campo enemigo y observa desde arriba lo que pasa en el nuestro, envía la legión X para asistir a nuestros hombres. Ellos, conociendo la situación por la huida de la caballería y de los esclavos, y viendo el campamento, las legiones y a su general en grave peligro, acuden con la mayor rapidez.

Su llegada, obra una mutación tar-completa en la parte de los romanos que aún aquellos que yacían prostrados, gravemente heridos, se apoyan en sus escudos y renuevan el comba-

te. Los esclavos, notando la alarma del enemigo, caen sobre este, inermes contra los que están armados; y la caballería, deseosa de borrar su desgraciada huida con hazaña valiente, quiere aventajar el desnudo de los legionarios; pero el enemigo, en medio de su desesperación, despliega mayor heroísmo y brío: cuando han cedido las primeras filas, los siguientes trepan sobre los camaradas caídos y luchan de pie sobre sus cuerpos; y cuando también ellos caen, los sobrevivientes amontonan los cadáveres y, como si fueran trincheras, desde allí siguen arrojando dardos y flechas, recogiendo nuestras jabalinas para devolvernos el ataque. No pensemos, pues, que en vano esos hombres galantes se atrevieron a cruzar un ancho río, subir cuestras, pendientes y asaltar una posición formidable. Estas cosas, de suyo

tan difíciles, las hizo fáciles su heroísmo...”,

Así, dramáticamente, describe César sus batallas. Estilo militar, acerado y recio, como la punta de su espada. ¿El resultado de la campaña? De los 60.000 enemigos solo se salvan 500, y de 400 senadores bárbaros que se baten este día, con vida quedan solo 3. Los ancianos, mujeres y niños han sido confinados antes de la batalla en medio de esteros y pantanos. Poco después de la derrota llega una comisión para hablar con el vencedor. César permite a los sobrevivientes de este bravo pueblo retener sus tierras y aún fortificar sus aldeas. A las tribus vecinas les amonesta que no les vayan a hacer daño alguno.

Julio César ¡El tema es apasionante! En otra ocasión hablaremos más de él.



Alea Jacta est "La Suerte está echada"

César